

Y como corona de estos fastos épicos, el más inspirado poeta americano, nacido en el Ecuador á orillas del Guayas—Olmedo—dando «á las armas victoria, alas al genio y á las musas gloria», cantó el triunfo final en estrofas inmortales, que al través del tiempo hacen estremecer las almas con su armonías y sus recuérdos heroicos.

CXIV

Á LOS PERIODISTAS BRASILEÑOS, EN EL RÍO DE LA PLATA

Octubre 23 de 1900.

Señores:—Me es agradable saludar á los periodistas brasileños, que vienen como mensajeros de la ilustrada prensa de su país, en el taller mismo en que se elaboran esas hojas sonoras, que vuelan con sus alas de papel y que se renuevan por sí mismas, esparciendo la palabra impresa á los cuatro vientos del horizonte. La hoja periódica, es el heraldo del pensamiento popular.

Sin duda alguna, el periodismo es el más noble empleo de la intelectualidad de un pueblo libre, porque es el más activo y el más fecundo como medio de propaganda universal, en la comunión del pensamiento y del sentimiento humano de todos los días.

En los pueblos modernos, el periodista es el apóstol anónimo, que habla traduciendo el instinto de las colectividades, adelantándose á las elucubraciones de las inteligencias aisladas. Es como el sembrador, que arroja la semilla en el surco de la tarea diaria y esparce á manos llenas las ideas que germinan en la cabeza del pueblo, para cosechar el pan de cada día que alimenta á los fuertes.

No hay pueblo nuevo que no haya tenido por precursor y por guía un periodista, iniciador de sus destinos, formulados y sustentados en definitiva por un periodista.

Todos los hombres públicos del Brasil, han sido periodistas, y cada uno de ellos, con su temperamento de tribuno, de publicista ó de hombre de Estado, han decidido de sus destinos, desde José Gonçalvez Ledo, que tuvo la intuición del gobierno representativo en el periódico el

«Reverbero», en contraposición del régimen caduco, hasta Quintino Bocayuva, que, en «La República», presagió la aparición de los Estados Unidos del Brasil en su forma democrática.

No son las riquezas, no son las armas, los atributos del poder de las naciones destinadas á vivir. Son las ideas. Ya sabemos que nuestros intereses recíprocos son solidarios; ya sabemos que nuestros sentimientos vibran al unísono en nuestros corazones; sabemos todo eso, porque lo palpamos y lo sentimos. Pero lo que constituye el alma de la confraternidad de los pueblos, su esencia, su principio vital, es la comunión de las ideas, que se fecundan recíprocamente y levantan la hostia de la paz en lo alto de las columnas del diarismo internacional.

Brindo, señores, por la comunión de las ideas de los pensadores populares de los Estados Unidos del Brasil y de la República Argentina, por el vehículo de sus respectivas prensas que se complementan; y porque las luces por ellas proyectadas, que han alumbrado nuestro camino en lo pasado y en lo presente, no se extingan jamás, y brillen siempre en los vastos horizontes de nuestros respectivos países como las luces eternas «do Cruzeiro» en los espacios siderales de la América Meridional.

CXV

Á LOS 80 AÑOS DE EDAD

DISCURSO Á LA COMISIÓN DEL EJÉRCITO Y DE LA  
ARMADA NACIONAL

Junio 26 de 1901.

Compañeros del Ejército y de la Armada:

Saludo por orden de antigüedad, á los viejos y jóvenes representantes de los ejércitos argentinos en los tiempos, que mantienen en alto su gloriosa bandera histórica.

Nuestros ejércitos, así los populares como los veteranos, han sido en todas las épocas de nuestra historia militar, el brazo armado del alma heroica del pueblo argentino, que ha esgrimido su espada en pro de las nobles causas humanas, que dan su razón de ser á la guerra.

Ellos hicieron triunfar nuestra independenciam en los campos de batalla; ellos contribuyeron á la emancipación de la mitad del continente americano, llevando su bandera redentora desde el cabo de Hornos hasta la línea del Ecuador; y á ellos se debe en parte la unificación del sistema republicano en el Nuevo Mundo.

Combatiendo por la libertad y por la justicia dentro y fuera de sus fronteras, ellos han hecho prevalecer, aun en medio del fuego y la sangre de la lucha armada, los principios de humanidad y civilización del derecho de gentes que dignifica á los beligerantes, sin haber abusado jamás de la victoria.

Hoy nuestro ejército, formado por ciudadanos que pagan su contribución de sangre en obediencia á la ley de

la igualdad, es la escuela del civismo militar, en la que se combinan el patriotismo en acción, con las lecciones de la experiencia y las enseñanzas de la ciencia, aplicando sus energías y su inteligencia á la defensa nacional, y al mantenimiento del orden público en medio de las bendiciones de la paz, dispuesto siempre al sacrificio deliberado de la vida, bajo la austera regla de la disciplina y las inspiraciones de la libertad.

Al saludaros, evoco la memoria de nuestros grandes generales y guerreros ilustres, que aun después de muertos, os mandan desde la inmortalidad, y cuyos nombres registrados por la historia, están grabados en el bronce eterno y viven en la memoria de su posteridad agradecida. ¡Gloria á ellos!

Pero gloria también á los héroes anónimos, á los soldados rasos que pelean las batallas que ganan los generales; á los que cayeron obscuramente al pie de su bandera envuelta por el humo del combate, sin pensar siquiera en legarnos sus nombres, y de los cuales tan sólo se han salvado del olvido los nombres de Cabral y de Falucho y de los sargentos de Tambo Nuevo.

Saludo ahora á los representantes de nuestra joven marina militar.

La República Argentina tiene su corona naval, que representa glorias pasadas; pero por la primera vez tiene una armada nacional, que representa poder eficiente, nuevas facultades de raza y ciencia propia, que constituye un organismo animado por el fuego sagrado del patriotismo.

La formación de nuestra actual marina de guerra, es un acontecimiento memorable, que ha revelado la potencia creadora del pueblo argentino, y sus múltiples aptitudes para las ciencias, las artes y las prácticas aplicadas á una acción determinada, asimilándose los más complicados mecanismos de la navegación y del combate naval, con la inteligencia, con músculos propios y espíritu vivificante.

Al presente flotan en los mares y en los ríos, treinta y

dos barcos de combate con la bandera argentina al tope, tripulados por cinco mil marinos argentinos, contados de almirante á grumete, y manejados por maquinistas argentinos, que aseguran la defensa de nuestro vasto litoral, desde las aguas del Paraná, del Uruguay, y del Plata, hasta los mares de Sur y los canales de la Tierra del Fuego, á la vez que garantizan nuestra paz internacional.

Y al saludar á los marinos de mi patria, á quienes está confiado el honor de su bandera en los mares y en los ríos, saludo en ellos con todas mis simpatías á la nueva generación á que pertenecen, que en el breve espacio en que se forma un joven, ha dado su nervio á nuestra escuadra militar, dotándola de un personal competente preparado por el estudio científico, y ha dado la vuelta al mundo con sus jóvenes guardiamarinas, renovando hoy su itinerario universal con los primeros conscriptos de veinte años embarcados, en que están representadas todas las provincias de la República.

Compañeros del Ejército y de la Armada: Por razón de la edad y de la antigüedad, me cabe en el presente, el honor de ser el decano del ejército argentino, que ha heredado las glorias de nuestros ejércitos nacionales, y á este título tan solamente, acepto en homenaje á la gran memoria de nuestros antepasados, la distinción que mis compañeros de armas de mar y tierra de la República tienen á bien dispensarme, como testimonio de compañerismo militar, en la fatiga y en el peligro á la sombra de nuestra vieja bandera.

¡Prosperidad y gloria á los ejércitos de mar y tierra de la República!

DISCURSO Á LA MANIFESTACIÓN POPULAR

Compatriotas y residentes hermanos:

Esta manifestación, nacida de un sentimiento de generosa simpatía, que ha asumido un carácter nacional, á que se asocian los residentes de otras tierras, que con nosotros viven en hermandad, tiene una significación más trascendental, porque los pueblos sólo se mueven animados al soplo de la vida que los rodea, con una idea en la mente, con una pasión en las almas y con el instinto de sus destinos en su naturaleza.

Este es un homenaje secular, tributado á la idea ingénita de la sociabilidad argentina, representada por las generaciones que se han sucedido, de las que tres se hallan ahora presentes, idea que se asocia al sentimiento de su nacionalidad, á cuyo desenvolvimiento orgánico estamos asistiendo.

No es una visión del optimismo patriótico, porque es una realidad escrita en nuestra carta geográfica, la predicción de que, la región que habitamos, será en los tiempos el teatro de una evolución humana, que influirá en los destinos del mundo.

Un territorio que se extiende á lo largo de treinta y cinco grados de latitud, en que se alternan todos los climas del globo y prosperan todas las producciones de la Naturaleza; que mide una superficie de tres millones de kilómetros cuadrados, con tres mil kilómetros de costas marítimas, y seis mil kilómetros de costas fluviales, articulado por los más grandes ríos y las más altas montañas de la América Meridional; y en el que sus inmensas y fértiles llanuras sólo esperan la simiente del progreso para devolver ciento por uno en el limbo de la labor; un territorio así constituido, es una tierra prometida, que tiene necesariamente que ser el asiento de una nación poderosa, próspera y feliz, cualquiera que sea la raza que la habite.

A pesar de estas bendiciones del Creador, no faltan entre nosotros mismos presagios siniestros, que nos condenen á la impotencia para fecundar la tierra que habitamos, pensando que somos ya una raza en decadencia antes de haber alcanzado el crecimiento normal, la que ha retrogrado en su sociabilidad, y que los destinos de nuestro país son inciertos y oscuros.

No, no hemos degenerado como hombres, ni retrogrado como colectividad, ni somos inferiores á la tarea que nos está encomendada como jornaleros.

Somos una nación nueva en formación, cuyos perfiles diseñan su tipo definitivo, en que estamos formando una nueva raza con el concurso de todas las nobles razas del mundo civilizado, y que, á pesar de sus deficiencias, de sus desvíos políticos y sociales, de su inexperiencia para gobernarse, constituye un organismo sano y robusto, que tiene en sí los gérmenes de la vida duradera, y la potencia virtual para corregir y mejorar su condición.

Hablo en presencia de tres generaciones que se han sucedido, después de la generación iniciadora de Mayo, y puedo invocar su testimonio, al patentizar el resultado de sus trabajos en el tiempo, para alentar las grandes esperanzas que son la fuerza de las naciones.

No hay fuerzas perdidas en la vida de los pueblos, como no las hay en la Naturaleza. El primer estremecimiento vital de una nación, palpita en el ser de su posteridad. Las fuerzas viriles, intelectuales y morales de nuestros antepasados, que algunos dicen perdidas, están vivas en nuestros nervios, en nuestra mente y en nuestra conciencia, incorporadas al organismo de las generaciones nuevas, que animadas por ellas siguen adelante con varonil aliento, vigorizando su acción.

Nuestros padres dieron á luz una nación surgida del embrión colonial, que aun en medio de la lucha por la independencia y después de ella, vivió atormentada por la anarquía, el despotismo ó la guerra civil, sin lograr unificarse ni completar su organización política. De este caos, ha surgido la nación actual unida, constituida y con-

solidada, á que hemos dado vida nueva en el espacio de tiempo en que nace y muere un hombre.

Hace cincuenta años, éramos una agrupación informe, cuya cohesión sólo se mantenía por el instinto ó la violencia. Hoy, somos una nación compacta, que reposa por la primera vez en su centro de gravedad, y que puede exhibir sus títulos ante el mundo, para ser contada en el número de las naciones llamadas á vivir, crecer y multiplicarse.

Como núcleo de civilización, hemos incorporado á nuestro ser, por medio de la colonización y la inmigración espontánea, un millón de seres humanos, imprimiéndoles el tipo de nuestra raza, y asimilándolos á nuestra sociabilidad. Y séame permitido en esta ocasión repetir las palabras que hace treinta años pronuncié al respecto, en el seno del Congreso Nacional. «¡Que el extranjero que venga á esta tierra, en vez de levantar la tienda provisoria del peregrino, se siente en nuestro hogar al calor del fuego nativo; que nuestra patria sea su patria, porque encuentre en ella todos los derechos y garantías á que pueda aspirar; que nuestros intereses sean comunes, que nuestros hijos, y los hijos de los inmigrantes se identifiquen en un solo amor; que nuestra raza se salve, para que nuestro estado social se mejore, para que nuestra nacionalidad no se debilite, y para que el nombre y la bandera argentinos no sean un eco y una nube que se lleve el viento!»

Como trabajadores, hemos salido de la edad que se ha llamado del cuero crudo, y somos una de las primeras potencias productoras en ganadería y agricultura, cuyas materias primas mejoradas y modificadas, y cuyas cosechas de cereales, pesan en la balanza comercial del mundo. Y es así como se ha multiplicado la riqueza, acrecentando por el trabajo, por el intercambio, por la selección y por la industria, la pobre herencia que recibimos, dando su impulso al progreso material, y creado el capital social de que carecíamos, haciendo intervenir la potencia

del trabajo y la producción, con la cooperación del crédito privado.

Como raza culta hemos levantado nuestro nivel intelectual, científico, literario y artístico, difundiendo la instrucción común en el pueblo, universalizando los estudios superiores, aplicando la inteligencia al progreso material y social, y tenemos al presente sabios propios, que antes no teníamos, contando con geómetras, músicos compositores, pintores, ingenieros, escultores, arquitectos, agrónomos, químicos, arqueólogos, físicos, naturalistas, filólogos, geógrafos, economistas y tantas otras especialidades que sólo teníamos por reflejo y de prestado; y de tal manera se ha ensanchado el campo de acción de las ciencias aplicadas, y vulgarizado el saber, que un niño de la escuela elemental, y una niña salida del colegio normal, poseen más nociones científicas, y tienen en su cabeza más ideas que las generaciones que les han precedido. Con la cultura, la razón pública ha adelantado.

Como hombres de acción, como pueblo viril, al glorificar la gran memoria de nuestros mayores, podemos pensar que nos hemos inspirado en su ejemplo y que si ellos se levantasen de la tumba, reconocerían á sus hijos que no han degenerado. Hemos formado un ejército de ciudadanos, regido por la ley de la igualdad, que es la espada y el escudo de la Nación, y noventa mil conscriptos de veinte años, han pasado bajo sus banderas. Hemos creado una poderosa armada nacional, en el breve espacio de tiempo en que se cría un joven, animada por el fuego sagrado del patriotismo, y tripulada por cinco mil marinos argentinos, de almirante á marinero. Hemos conquistado el desierto por las armas cubriendo de mieses la antes inculta pampa, como laureles fecundos de esta victoria.

Estamos en paz con el mundo todo y con nosotros mismos, habiendo solucionado todas nuestras cuestiones internacionales, y resuelto por siempre los más arduos problemas de la organización nacional; y es así como por la gravitación natural de las cosas y la armonía de las voluntades, hemos alcanzado en lo presente, la situación más

tranquila y estable que la República Argentina haya atravesado en el curso de su tormentosa existencia. ¡Gracias sean dadas al Cielo!

Nos queda todavía mucho por hacer y mucho que aprender.

Nos falta determinar y dar su temple al carácter nacional, formar nuestras costumbres constitucionales, purificar la vida política, animar el espíritu público, aprender á gestionar nuestros propios negocios, y á gobernanos por nosotros mismos; en una palabra, nos falta completarnos; pero con todas estas deficiencias podemos esperar con serenidad los días que vendrán, porque en verdad ninguna nación ha hecho más en menos tiempo para merecer vivir en los tiempos y ser feliz.

En este momento psicológico de la laboriosa evolución de nuestra sociabilidad, y de la consolidación orgánica de nuestra nacionalidad, me encuentro en presencia de tres generaciones, á las que he acompañado colaborando en su obra; y me siento poseído en este día de la más profunda y cordial gratitud por la benevolencia de mis contemporáneos, cuya felicidad ha sido el anhelo de mi vida, como ciudadano, como soldado, como jornalero y como gobernante. Y en este día, que se ha querido llamar un jubileo, cumplo la edad solemne de ochenta años, en que el hombre alcanza la plenitud de la vida, con todas sus responsabilidades pasadas y póstumas, cuando termina un siglo y comienza otro, en vísperas del primer centenario de nuestra existencia como nación independiente y libre.

El 25 de Mayo de 1910 será el gran jubileo de la patria de los argentinos, y de todos los hombres de buena voluntad de la tierra que en unión con nosotros han contribuído á la fijación de sus destinos. Yo saludo desde mi ocaso la aurora de ese memorable día venidero, animado de la grande esperanza de que, dentro de la duración de las cosas humanas, nuestra patria entrará triunfalmente en ese día, en la inmortalidad de la vida de los siglos.

Y digo á la sombra de los largos años, á los que alcanzarán á ver renacer las luces seculares del Sol de Mayo,

que marchen con aliento hacia adelante, siempre adelante, recordando el consejo del poeta del Salmo de la vida, de vivir sin tregua en lo presente, y dejar á lo pasado enterrar sus muertos. ¡Que si el corazón es el tambor velado que cada hombre lleva en sí, batiendo dentro del pecho el fúnebre paso de la muerte, los latidos de los corazones esforzados batan la marcha triunfal de las generaciones que se suceden!

CXVI

EN LA INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO AL DOCTOR  
EDUARDO COSTA

Marzo 16 de 1902.

Señoras y señores:

En nombre de la Comisión popular que ha erigido este monumento con el óbolo de los amigos y de los admiradores en vida y muerte del Dr. Eduardo Costa, descorro el velo que cubre su simpática efigie modelada en el mármol conmemorativo, para ponerla bajo los auspicios del Gobierno de la Nación, y entregarla al amor de sus compatriotas.

Al morir tributaron sus honores al ciudadano los poderes públicos de la República y de todas las provincias argentinas, y todos los partidos políticos se inclinaron ante su tumba, asociándose al sentimiento público, que le reconocía como á uno de los benefactores del pueblo.

Bien mereció este triple homenaje póstumo el que nació bueno y vivió para el bien, marcando su paso sobre la tierra con obras benéficas que le sobrevivirán.

En el espacio de cuarenta años de fecunda labor, su acción eficiente se hizo sentir en los consejos del Estado, en los parlamentos, en la magistratura, en la cátedra de la enseñanza, en los establecimientos de educación pública y en el vasto campo reproductor del trabajo agrícola y rural, señalando cada una de sus etapas con una creación, con un ejemplo, con una iniciativa, con un progreso, con una luz apacible que alumbra su obra.

Hombre de Estado, publicista, jurisconsulto y educacionista, el país le debe la organización de la justicia nacio-

nal, sus planes de enseñanza secundaria, la fijación de sus doctrinas constitucionales, la creación de los colegios nacionales y la secularización de los cementerios; y éstos son títulos duraderos á la consideración de sus contemporáneos y á la gratitud de la posteridad.

Escritor y orador, cada línea suya, cada palabra pronunciada por él, lleva el sello de su naturaleza generosa y de su espíritu positivo, porque cada una de ellas responde á una idea inicial de progreso, á un propósito sano, á una obra práctica, buscando siempre un resultado útil y bueno para la comunidad social.

Cabeza y corazón en que se armonizaban la inteligencia y el sentido moral, sólo abrigó pasiones generosas y nobles ideales, y así, amó á su patria y á sus amigos, como amó las bellezas del arte y de la Naturaleza, y sin odio para nadie, murió amado y llorado por todos.

Bien merecida tiene, pues, la estatua, y bien está ella al lado de la del educacionista Sarmiento y de la del naturalista Burmeister, en medio de los árboles que le fueron gratos y de las flores que fueron su encanto y que hoy le dan su sombra propicia y sus perfumes, al rumor de las ondas sonoras del Plata, en que su vista y su pensamiento se dilataban en vida desde su pintoresca mansión campestre. Y bien están en este momento en nosotros su levantado espíritu y su memoria querida, que como un perfume de sus virtudes, prolonga su existencia moral en las almas. «Date lilia: spargam flores!»